

# Del Excmo. Sr. Nuncio Apostólico

(Discurso de respuesta al del Excmo. Sr. Arzobispo de Medellín)

Imposible expresar el cúmulo de sentimientos que embargan mi corazón, al llegar por segunda vez a la capital de la Montaña, que ha sabido dispensarme tan gallarda y generosa acogida.

Las nobles palabras de bienvenida que acabáis de escuchar de los autorizados labios del excelentísimo señor Arzobispo, vuestro dignísimo Pastor, dicen bien a las claras que no soy un extraño en el solar antioqueño.

Y no soy un extraño, porque con razón, en mi humilde persona véis al Soberano Pontífice y vuestros corazones palpitantes con la fe tradicional de esta hidalga tierra, siente que el Padre común de la cristiandad, está en alguna manera con vosotros.

El imperio espiritual de Pedro no conoce fronteras ni en el tiempo ni en el espacio. Confióle Jesucristo la totalidad de su rebaño esparcido por todo el universo y desde aquellos lejanos días, la sombra de su cayado vigilante y protector, se proyecta de siglo en siglo sobre todos los pueblos. Pío XII siente bullir en su pecho esta paternidad universal y con el mismo gesto de ternura augusta, con que al sonar las fatídicas sirenas de la muerte, se lanzaba a las calles de Roma, la capital del mundo católico, para arrodillarse y mezclar su llanto con la sangre de las víctimas, convive espiritualmente con vosotros, para ser partícipe de vuestras secretas amargas y de vuestras alegrías.

El imperio del Pontífice, como el de Cristo, no es de este mundo, porque supera infinitamente los intereses materiales y visibles. "No arrebatara los reinos de la tierra, canta la sagrada Liturgia, quien ofrece reinos celestiales". Como un inmenso faro erguido entre las naciones, descubre a las almas horizontes insondables de belleza y de vida eterna, únicos que pueden satisfacer el ansia infinita de ver-

dad y de bien, que se recata en todos los corazones humanos. Sin Cristo, la vida se convierte en un bogar incierto entre escollos y borrascas, o en un triste naufragio de toda fe y de toda esperanza.

Cristo en su Vicario, es la firme columna de la moral eterna, el árbol de vida cuyo fruto rehace las abatidas fuerzas, el intercesor nato ante Dios por los vivos y los muertos.

Como representante del Pontífice romano, llevo hoy a vuestra tierra animado de sentimientos paternales de gratitud y afecto. En mi tránsito fugaz por ella, hace apenas seis meses, pude vislumbrar lo que ahora contemplo emocionado. Medellín, religiosa y amable, próspera y hospitalaria, con esa tradicional y castiza hospitalidad antioqueña, es una ciudad creada por vuestra tenacidad y entusiasmo y esclarecida a la par, con los dones de la naturaleza y del espíritu aunados en admirable consorcio. En una mano empuña el hierro, símbolo de vuestra pujante laboriosidad; y en la otra la Cruz divina, emblema de vuestro cristianismo ejemplar. El hierro es su firmeza, y la Cruz su ideal y su esperanza.

Muy bien sé que en estas montañas de Antioquia, tan sincera y profundamente cristiana, es donde se siente palpar con mayores bríos el corazón mismo de la Patria.

Aquí la diaria faena adquiere un sentido casi litúrgico de plegaria y por eso aquí el amor a Cristo y a su Iglesia es una antorcha perennemente encendida en cada hogar, es una lámpara votiva ante los sepulcros de vuestros nobles antepasados, es una columna que sostiene la arcada histórica de la tradición, es una estrella que se alza en vuestro cielo.

Y qué otra cosa significa esta manifestación espontánea de entusiasmo, sino que en vuestro suelo se afirma como en tierra propicia el fervor religioso, listo a encenderse en llamaradas al soplo del Espíritu de Dios?

Mi alma experimenta un intenso regocijo, cuando al visitaros, encuentro vuestra noble ciudad convertida en un arco de triunfo para acoger al Embajador del Soberano Pontífice.

La animación de los fieles, la radiante serenidad de vuestro cielo decorado en forma de Cruz por las alas gigantescas de las naves aéreas que lo hacen trepidar al compás acelerado de sus motores; el penetrante silbido de las fábricas que con sus pulmones de acero entonan el himno del trabajo humano; el movimiento bullicioso de la industria y del comercio; el molino y la trilladora mezclando sus voces con el mugir de la vacada, manifiestan las características de un gran pueblo en pleno y pujante desarrollo material.

Pero se engañaría grandemente quien sólo contemplase este aspecto puramente exterior. La materia tiene aquí un espíritu que la anima y enaltece; escuelas numerosísimas, muchas de ellas creadas con el esfuerzo privado de los fieles, admirables centros de educación secundaria, producto de una generosidad nunca desmentida, y dos célebres universidades coronan el edificio cultural de Antioquia. Y

subiendo más alto, a la fuente recóndita de donde arranca toda esa actividad, dos casas de Ejercicios Espirituales, Acción Católica y Congregaciones florecientes, obras de beneficencia innumerables, comuniones densas de los primeros viernes, todo este conjunto de recia vida católica interior, imprime un carácter de cultura espiritualista a este pueblo informado por los anhelos del Corazón de Jesucristo.

La Montaña tiene los mismos privilegios de la selva colindante. Como ella es incansablemente creadora; constante y tradicional como ella y como la selva, erguida hacia los cielos, porque si en la montaña habita el Espíritu de Dios, renovando los prodigios del Génesis, el nervio de vuestra raza es un anhelo indeficiente de lo sobrenatural y divino.

Y si queremos un argumento traducido en arquitectura monumental, aquí está la Catedral de Villanueva, solemne, firme, armoniosa como vuestra fe y bella como las grandes catedrales del medio evo. Cada ladrillo es un voto de piedad, cada columna una plegaria y cada una de sus arquerías soberbias, un gesto de respetuosa adoración.

Pláceme repetir el augurio tan caro al corazón de Pío XII: **Vivat, crescat, floreat!**

Que viva el pueblo de Antioquia, para orgullo de Colombia y gloria de Dios, con su gran corazón abierto al progreso y a toda obra generosa.

Que crezca día por día, adherido a la fe tradicional de sus mayores, pedestal granítico de su genuina grandeza.

Que florezca bajo la maternal protección de Nuestra Señora de la Candelaria, ostentando a la faz del mundo su trabajo, su cultura y su profunda religiosidad.

Gracias rendidas desde lo más hondo de mi alma, en nombre del Vicario de Cristo, al excelentísimo señor Arzobispo, a las altas autoridades presentes de nuevo aquí, como en aquel inolvidable 12 de diciembre; gracias a este ilustre clero antioqueño, abnegado, inteligente y apostólico, que es timbre de gloria para la Iglesia colombiana. Gracias por fin a todos vosotros, amados fieles de esta arquidiócesis, porque en mi persona habéis rendido un homenaje a nuestro Santísimo Padre, el Sumo Pontífice Pío XII.

La bendición de Su Santidad descienda por mi medio sobre todos los presentes, sobre todos sus familiares y amigos, sobre todos los hogares de esta noble tierra y que la blanca silueta del Pontífice, felizmente reinante, se destaque en cada una de las casas donde se sufre, se trabaja y se ora, como un símbolo de esperanza inmortal.

